

**Erick Lezama**

# Le quedan piernas a Daniela

Daniela Salama se espabiló rápido. No podía quedarse más tiempo entre las sábanas, y se levantó con el impulso de saber que le esperaba un día importante: hoy, 17 de marzo, es la CAF 2024, y ella la correrá con la ilusión de ayudar a unos cuantos niños que padecen cáncer, la enfermedad que conoce tan bien.

Vive en Valencia, pero llegó a Caracas ayer junto a otros corredores, con quienes se hospedó en el Hotel Waldorf, para acompañarse en estas horas previas de sabrosa adrenalina. Desayunaron con prisa, y ahora, a las 5:10am, salen hacia el punto de partida, a pocas cuadras. Hay mucha gente en las avenidas. Una procesión de *runners* frenéticos desemboca en Los Caobos, el bosque ya repleto de deportistas que saltan, hacen sentadillas, se estiran. La madrugada es oscura, espesa, fría. “Ojalá el día se mantenga fresco”, dice un corredor. “El calor puede ser nuestro enemigo”, comenta otro.

—¡A disfrutaaaaaaaaaar! —exclama el animador, cerca de la salida.

En medio de tanta gente no encuentro a Daniela, pero sé que está ahí, disuelta en el río eufórico que en breve se va a desbordar por la ciudad. Como todos, ella procurará cruzar la meta cuanto antes. “Ojalá que a las 7:50. Ese es mi objetivo. Ese y ayudar a los calvitos”, me dijo hace días cuando me contó su historia.

\*

Son las 6:00am. Que ahora mismo Daniela esté corriendo es una paradoja. Lo lógico sería que anduviese en muletas o en silla de ruedas. Cuando Daniela tenía 8 años, su madre le vio un hematoma en la pierna derecha y la llevó al médico. Tras varios exámenes, los doctores determinaron que se trataba de un fibrohistiocitoma. Es decir, cáncer. Debieron proceder con una cirugía para extirpar la lesión maligna, y tuvieron que quitarle también parte del cuádriceps, el gran músculo que soporta al cuerpo y permite mover las rodillas para que podamos saltar, caminar y correr.

Daniela también recibió radioterapia, lo cual, si bien terminó de erradicar las células cancerosas, a los años le produjo un efecto inesperado: su pierna izquierda, hasta entonces sana, dejó de crecer. Fue necesaria una nueva operación para frenar el crecimiento de la derecha, de modo que ambas se mantuvieran simétricas.

Gracias a esa intervención, Daniela pudo llevar una vida más o menos normal, aunque siempre aparecían secuelas del pasado. Le dolían los pies; sufrió varios esguinces. Sus piernas se revelaban frágiles como galletas. Iba al colegio, enyesada y con muletas, y, apenas se recuperaba, hacía deportes. Era su modo de desafiar el destino estático al que muchos creían que debía resignarse. Con autorización médica, practicó voleibol en el liceo, y cuando comenzó a estudiar Contaduría en la universidad, se unió a un equipo de fútbol. En un partido, se dio un golpe y reapareció “una manchita” en la pierna. El incidente no pasó a mayores pero su doctor la increpó:

—¿No deberías cuidarte? Tienes antecedentes...Ese deporte es muy agresivo.

Daniela, asustada, abandonó el fútbol.

Incursionó en el tenis, pero no le gustó.

Y fue después cuando, ante un nuevo cáncer, apareció el *running* para sacarla de la cama.

\*

“¿Pararme un domingo temprano para entrenar? ¡Eso no va conmigo!”, decía al ver a quienes se levantaban a trotar esos días en los que ella prefería dormir hasta tarde. Una vez hizo una carrera de 10k sin tanto entusiasmo, pues correr “en serio” no le interesaba. Pero sucedió que en 2016 su padre comenzó a recibir quimioterapia tras ser diagnosticado con cáncer de esófago. Una prima *runner* viajó a Valencia a visitarlo, y al encontrar a Daniela tan apagada, la convidó a una media maratón en Caracas.

—¿Y si papá se agrava? ¿Y si de aquí allá está muerto?

—Si eso pasa, no vas. Pero al menos inscríbete.

Le hizo caso. Asistió a ese evento y ahí escuchó que en unos meses sería la CAF. “La carrera de todas las carreras”, “es mágica”, “es increíble”. Picada por el gusanito de la curiosidad, Daniela se preguntó: si hice 21k casi sin entrenar, ¿no podré con 42 si me preparo?”.

“Claro que sí”, se respondió.

Al comenzar a correr con frecuencia, se dio cuenta de que moverse le ayudaba a manejar la ansiedad por la débil salud del padre, y a pensar en algo más que en la enfermedad. Animada, buscó a un entrenador para que la asistiera en el proceso. Y le advirtió:

—No puedo hacer sentadillas porque me falta parte del cuádriceps. Tú sabes, tuve cáncer...

—...Pero haz una, para ver —la interrumpió.

Ella la hizo.

—Haz otra.

—...

—Otra.

—...

—No sé quién te dijo que no podías hacer sentadillas: sí puedes, acabas de hacer tres.

A partir de entonces entrenó fuerte, aunque luego sentía dolores intensos en sus extremidades. Si bien los ejercicios de fuerza le costaban, fue descubriendo que con disciplina podía hacerlos, y que desarrollar su musculatura la ayudaría a llegar lejos. A los meses, viajó a Caracas para la maratón CAF 2016: le resultó una experiencia alucinante. Miles de corredores, miles de personas animando, una ruta hermosa: agradeció la vida, pidió por su papá y regresó convencida de que el *running* sería, más que un deporte, su nuevo estilo de vida.

\*

El cáncer es terco.

Después de aquella maratón que su hija le dedicó, el padre de Daniela fue declarado en remisión, pero poco después las células malignas reaparecieron, por lo que tuvieron que operarlo y, en medio de la cirugía, falleció. Al cabo de tres meses, llegó a la familia un nuevo diagnóstico: ahora María, la hermana de Daniela, tenía un tumor maligno en la mama.

Lo dicho: el cáncer es terco.

Daniela atravesó la tormenta corriendo. La tristeza, la rabia, el miedo. Cuando las aguas se calmaron, vio la oportunidad de darle otro sentido a sus entrenamientos. Para promover la prevención del cáncer de mama, corría con una franela que decía: “CAF se corre de rosa”;

contaba en redes sociales su historia y la de su familia; y le insistía a la hermana: “Tu fuerza es mi fuerza...Si tienes fuerzas para seguir con las quimios, yo tendré fuerza para correr por ti”. Era una forma de darle —y darse— ánimo.

Daniela repitió “tu fuerza es mi fuerza”, como un mantra, a lo largo de la CAF 2017, y llegó a la meta (a las 4 horas, 17 minutos y 34 segundos) a recoger una medalla que no le pertenecía: vestida de rosado, fue a entregársela a María, y le dijo: “Eres una campeona”. Al tiempo, con la esperanza de que el cáncer no volviera nunca más, celebraron que María había entrado en remisión.

\*

¿Para qué corremos?

Daniela dice que el ser humano corre por instinto. Para escapar, para sentir el cuerpo, para olvidar, para segregarse endorfinas. “Muchos llegan a la pista por una calamidad y descubren que es sanador. Es que cuando corres entras en un estado meditativo...a mí me ha cambiado la vida”, me contó como para convencerme de que el *running* es la panacea.

Obligada por circunstancias, sólo se ha detenido tres veces. Cuando por el apagón de 2019 suspendieron la carrera en la que iba a participar; cuando la pandemia paralizó al mundo en 2020; y cuando en 2021 tuvo que pasar nuevamente por el quirófano porque tenía quistes en las mamas, y una biopsia reportó presencia de “células atípicas”.

*Déjà vu.*

¿Cáncer de nuevo?

—No, no —la calmó el doctor— pero es mejor sacar los quistes porque se pueden malignizar.

Al recuperarse de esa cirugía preventiva, regresó al ruedo para carreras cortas, hasta que en 2023 volvió a CAF, ahora con un propósito distinto.

Santa en Las Calles, fundación que apoya a personas en situación de vulnerabilidad en Valencia, contactó a Daniela y a otras corredoras para invitarlas al proyecto Pasos Por Sonrisas: la idea era que, bajo el lema #YoApoyoAUnCalvito, “ofrecieran” sus #kilómetrosCAF a cambio de algo de dinero. Es decir, que la carrera sirviera como una campaña de recolección de fondos para comprar tratamientos, insumos médicos y comida para niños con cáncer, cuyas familias no tienen cómo costear los enormes gastos que la enfermedad supone.

Daniela ni lo pensó. Claro que quería participar. La iniciativa resonaba con su pasado y era la oportunidad de que sus zancadas tuvieran un sentido más allá del deportivo. Tanta gente

se animó a “comprar” sus kilómetros que vendió más de 42. “A muchos les decía que como no tenía más kilómetros, les vendía un lugar en mi barra”.

Cuando en aquella carrera la ruta se le hizo pesada, pensó en “los calvitos”, y siguió hasta el final: uno de ellos la esperó en la meta para entregarle una rosa, una medalla y para agradecerle.

Daniela, con las lágrimas atragantadas, le dio un abrazo largo.

\*

Hoy, de nuevo, recordará a los calvitos. Entre los más de 5.500 corredores que andan por Caracas, hay 22 que lo hacen por ellos. Daniela no recorre 42k porque hace poco completó esa distancia y consideró prudente recuperarse antes de volver a un trayecto tan extenso. Pero “vendió” más de los 21k que hará, y, como en 2023, tiene gente en la barra.

Ahí va, identificada con el dorsal 2.711. Viste shorts y zapatos negros y franela azul.

De Los Caobos, pasa a la Bolívar, llega a El Silencio, a la Baralt, a El Calvario, a San Martín, al puente Los Leones y sigue hacia El Paraíso. Se siente imparable, imbatible, la reina del asfalto. Avenida Fuerzas Armadas, el Helicoide, Avenida Victoria. Kilómetro 15, ha transcurrido 1 hora y 20 minutos, hay que apretar. Siente un dolorcito. El calor no ayuda. Hierve. Suda. Se echa agua. Toma agua. El dolorcito aumenta. No puede ir más rápido. Aunque se corra en grupo, siempre es un reto individual: un cuerpo, una mente, tratando de ir más allá. “Vamooooooooo”, le gritan: “Lo estás haciendooooo”. Daniela se concentra. Piensa en los calvitos. “Si ellos pueden, yo puedo”. Los Ilustres. Las Acacias. Acude al viejo mantra: “Tu fuerza es mi fuerza”.

Y sigue.

\*

—Remaaaaaata —gritan cerca del final, donde espero ver pasar a Daniela.

Es una mañana espléndida, soleada. En el cielo azul vuelan guacamayas escandalosas. En la pista veo a Spiderman y a Superman corriendo. Este es un asunto de superhéroes. También de ultratumba: una mujer disfrazada de diabla amenaza con una pancarta: “Si no corres, te llevo”. Veo a una chica con un letrero que reza: “La meta eres tú”; a una doña que agita pompones aupando a su sobrino; a padres que cargan a sus hijos para llegar a la meta con

ellos; a hijos que corren junto a sus padres para que persistan; a corredores que se detienen a ayudar a otros; a corredores que se devuelven a remolcar a un amigo; a corredores que se echan Dencorub en las pantorrillas.

—¡Vaaaaamos, te quedan piernaas! —le insiste el animador a un joven que viene demacrado.

Ojalá repita la frase cuando Daniela pueda oírla porque, sí, a ella le quedan piernas: “Con el pedazo de cuádriceps que me dejaron me alcanza”, me dijo hace días.

¿Dónde está?

Son las 7:50 y no la veo.

¿Estará bien?

Sí, ahí viene: aumenta la velocidad, cruza la meta y, en ese instante de gloria, (se)aplaude. Se queda allí, sonriendo y recibiendo con aplausos a sus compañeros. No logro acercármele, pero sabré que, aunque demoró 3 minutos más de lo previsto, se siente satisfecha: ocupó la posición 26 en su categoría. “Nada mal —me dirá— pero tenía tiempo que una carrera no me costaba tanto”.

A los días, la fundación Santa en Las Calles, en un pequeño agasajo, les dedicó a sus corredores un emotivo discurso: “Sus pasos tuvieron un impacto positivo en la vida de quienes más lo necesitan. Gracias por demostrar que el amor por correr puede ir de la mano con el amor por los demás”. Les colgaron medallas en sus cuellos, y Daniela, en ese momento, se sintió como si estuviera en lo más alto del podio.